

Capítulo 3

Los Atletas de Karukinká

Los dos hombres entrelazados luchaban ardorosamente. Vieja disputa entre las dos bandas. Sin tregua, veloces, los cuerpos pintados de rojo caían al suelo para volver a ponerse de pie, e incansables recomenzar los forcejeos. Se guardaban, como siempre, todas las reglas de la lucha *selknam*.

La víspera, *Chashkil*, el ofendido jefe, había enviado a *Kiyonisháh* con el desafío. El encuentro fortuito de ambas familias nómadas, en busca de guanacos, había ocurrido en los deslindes de los territorios que separan a los dos grupos *selknam* que comparten la gran isla de Tierra del Fuego, la extensa *Karukinká*. Los del Norte, donde las ondulaciones del terreno no limitan la vastedad de los coironales y los del Sur, habitantes de bosques y montañas.

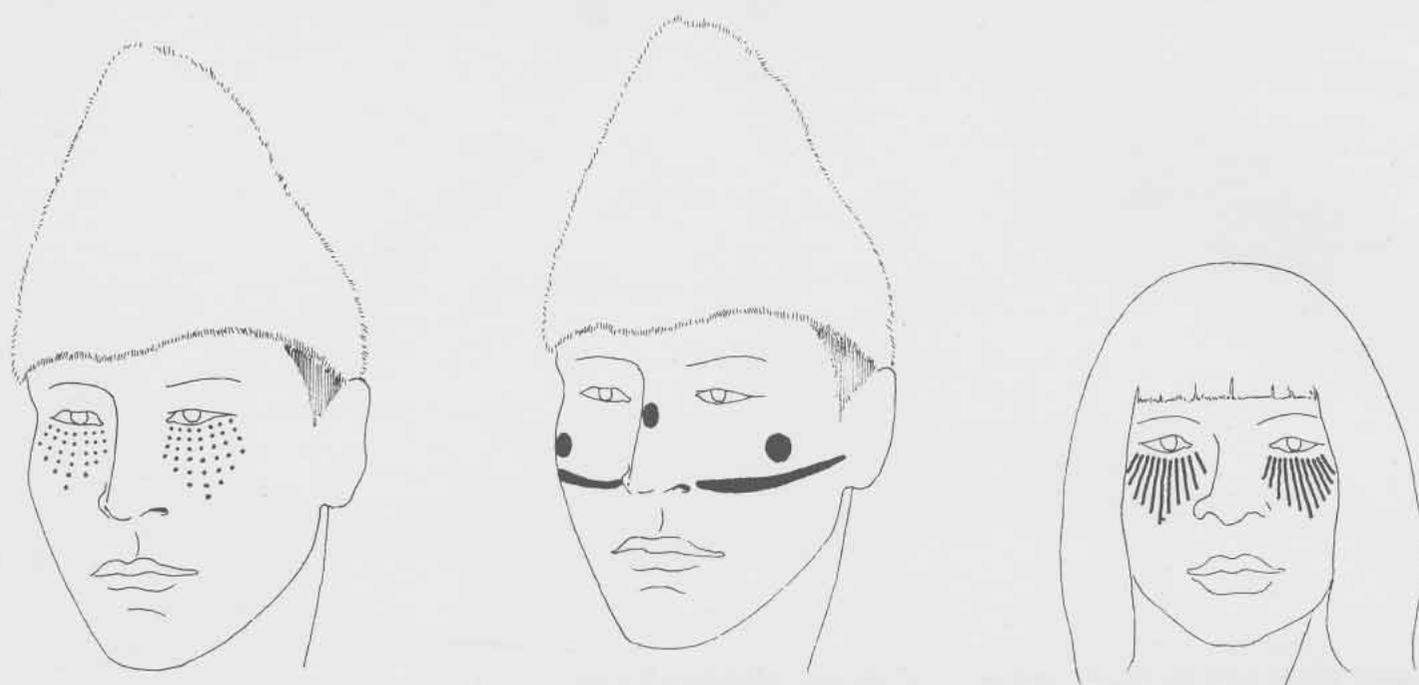
Aceptado el reto, armaron sus campamentos a corta distancia sin dejar por un momento de espiarse. Al mediodía siguiente, los contendores avanzaron simultáneamente, a paso lento, desarmados y sin haber ingerido comida, hasta una planicie contigua. Las mujeres, los niños y los ancianos se sentaron en círculo; al centro lo hicieron los hombres con capacidad de participar en el torneo. *Kankoat* era el jefe de los del Sur y *Chashkil* de los del Norte. Mirándose fieramente comenzaron los discursos severos, las quejas y las réplicas, hasta llegar a los insultos.

De cuando en cuando, alguna mujer emitía prolongados aullidos o gritos injuriosos. De pronto, poniéndose de pie y dejando caer su capa, *Kankoat* caminó con dignidad hacia *Chashkil*, mirándolo fijamente. Otro tanto hizo éste. El ofensor, *Kankoat*, ofreció su mano izquierda, la que fue aceptada por *Chashkil* con un apretón de la mano derecha. Luego se abrazaron y cada cual puso su brazo izquierdo debajo del derecho del contrincante. Comenzó el combate. Otras parejas salieron al frente. Ningún grito. Suena sordamente la tierra con la caída de los grandes cuerpos. Al agarrarse, las uñas rasgan la piel; la sangre y pintura van tiñendo el césped. Uno, agotado, vuelve al círculo de los suyos, pero prestamente recibe el desafío de un contrario. Es necesario continuar. Si alguien da un golpe certero, sus partidarios, orgullosos, guardan silencio como pensando "eso es lo que yo esperaba"; los adversarios por su parte, a veces exclaman: "*Haik ni chohn*" (Es un hombre, nuestro campeón es muy fuerte, el otro debe ser fantástico para derribarlo).

Después de muchas horas, ya cerca la noche, van poniéndose de pie los espectadores. Termina la contienda. Pero al otro día, como indica la costumbre, a los primeros retadores se les pide un segundo encuentro. Nueva tarde de lucha. Sea quien sea el equipo ganador, ya está saldada la ofensa.

A la madrugada siguiente junto con el despertar de las aves, se desarman los campamentos, y cada clan continúa su camino y su búsqueda. Encabeza la marcha uno de los cazadores. Los varones llevan sus arcos y carcaj de piel de foca; las mujeres, bolsas de cuero, cestos trenzados con sus útiles y los grandes rollos de cuero que arrastran con fuertes amarras. Los niños que aún no caminan van a la espalda de sus madres, sostenidos con tientos de cuero.





Los hombres, de elevada estatura, sobrepasan a veces el metro ochenta; las mujeres, el metro setenta. Cuerpos fuertes, proporcionados, de tersa piel clara, sus movimientos armoniosos, flexibles y seguros. El cabello negro, liso, bien peinado, largo y suelto en las mujeres, las que a menudo lo recortan en chasquilla a lo ancho de la frente. Adornan ellas su cuello, muñecas y tobillos con collares de conchitas, huesos y semillas unidas por tendones. Según las circunstancias, embellecen el rostro y el cuerpo con diversos dibujos de puntos, rayas y franjas pintados con arcilla blanca, amarilla y roja oscura, diluida en grasa suave de guanaco. Igual hacen los varones, quienes sobre el pelo corto usan un cintillo triangular de piel de las partes celeste cenicientas del guanaco. Se ata por detrás, y de frente aparenta ser un gorro cónico.

Todos se cubren con amplias capas de piel de guanaco, los pelos hacia afuera, sosteniéndolas con la mano izquierda a la altura del cuello. En el momento oportuno podrán dejarlas y dedicarse al quehacer que estimen necesario. Las mujeres llevan también un delantal de la misma piel anudado a la cintura. Las capas arrebozan los cuerpos, dándoles al caminar una majestuosidad digna e imponente; calzan chalas de cuero del mismo animal.

El grupo del sur avanza; pronto cruzará una pradera más allá del bosque. Repentinamente se detiene la marcha. Han avistado un piño de *yowen*, guanacos (*Lama guanacus*), la caza favorita. Al gesto del que dirige la marcha, todos al instante se agachan y observan, a la vez que mantienen quietos a los perros. El primero, cautamente se acerca al límite del pastizal. Permanece agachado e inmóvil unos instantes, dejando ver su gorro de piel. Uno de los animales pasta separado del resto, cerca del bosque. El guanaco baja la cabeza y ramonea confiado; el cazador avanza unos pasos, quedando absolutamente quieto cada vez que el cuadrúpedo alza la cabeza y observa a su alrededor para rumiar. Cuando está próximo, la bestia cae en la cuenta de la extraña presencia y la mira atento. Es tan inmóvil la postura que, tras larga observación, sigue paciendo indiferente. *Toin*, el cazador, ha logrado acercarse así a unos veinte pasos. Cuando se inicia la huida, advertido el cazador, deja caer su capa y rapidísimo dispara una flecha apuntada detrás de la paleta. Penetra el proyectil traspasando el corazón; el guanaco cae fulminado.

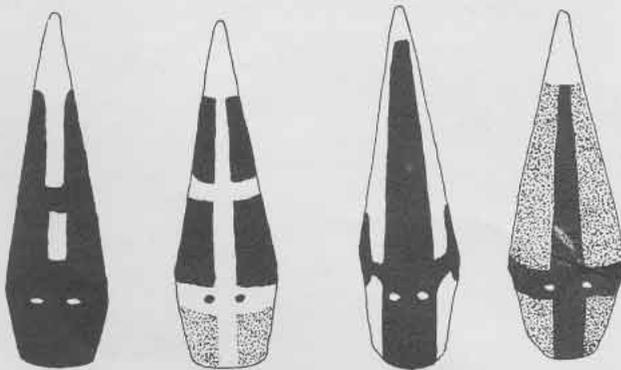
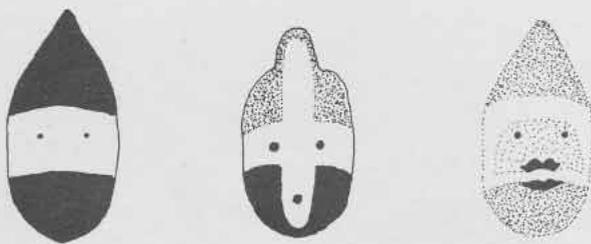
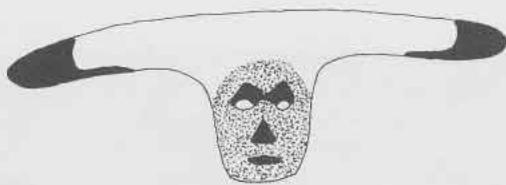
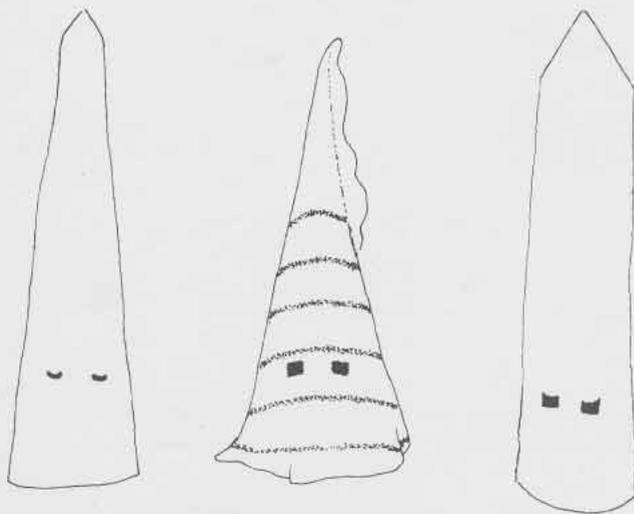
Las mujeres de *Toin*, *Coliaj* y *Aknaien* están felices. Más

allá, el piño inquieto se aleja sin caer aún en cuenta del inmenso peligro que oculta el bosque. *Toin* es un eximio cazador, pero ahora todos podrán demostrar su destreza. Reconocido el terreno, se distribuyen en el campo; las mujeres dan un largo rodeo, mientras los hombres agazapados entre dos bosquecillos esperan el arreo. Las mujeres en vasto semicírculo, emergen de los lomajes vecinos y con sus agudos gritos espantan la tropilla a la vez que avisan a los flecheros; algunos perros completan la trampa. Corren los guanacos seguidos por los ladridos, con los cuellos estirados, cimbrándose, graciosos, en la carrera mortal. Cada hombre apunta y dispara cuando pasan al frente. Algunos animales reciben varios impactos y no tardan en caer; a otros no los ha rozado la muerte; otros más, mal heridos, van quedando rezagados. Contra éstos parte la jauría, acorralándolos. Allí son abatidos por un nuevo flechazo. Gran alegría en la tribu de *Kankoat*. Habrá alimento para varios días.

Las mujeres eligen de inmediato un sitio donde haya agua de beber para levantar los *kauyi*, sus toldos. Despejan un retazo del bosque y aprovechando troncos y ramas que clavan ladeados a unos cuarenta y cinco grados hacia el centro, disponen un círculo proporcionado al número de miembros que componen cada familia. Desenrollan sus cueros y cubren con ellos los costados de la empalizada, preferentemente en el sentido de donde sopla el viento dominante. El pedernal y la pirita, guardados cuidadosamente en una bolsita de vejiga amarrada en un cinturón de cuero, entran en funciones. El fuego, al centro, expande humo y calor. Mientras tanto los hombres, usando sus cuchillos de piedra, descueran los animales; luego las pieles son estacadas en el suelo. Los tendones y las tripas son separados con cuidado; disecados serán elementos necesarios para las armas; filamentosos, se usarán como hilos de coser. En seis partes se despresan las víctimas, y mientras algunos pedazos son colgados de los árboles, inmediatamente trozos de carne del porte de una mano se colocan sobre las brasas y el asado comienza a soltar su aroma delicioso. Alrededor los presentes conversan calmadamente, con grandes pausas mientras comen. Se recuerdan las alternativas de la lucha, de la cacería reciente, de otras cacerías memorables. Se celebran con carcajadas los alegres y entusiastas comentarios de los niños. Después, quien lo desee, en cualquier momento del día, cortará un trozo de carne cruda y lo asará, ya directamente

Láminas VII, VIII
Hombre y mujer *selknam* con pintura facial de
tierras de color. A la izquierda, otras versiones.





sobre los carbones encendidos, ya sosteniéndolo sobre ellos con la ayuda de una varilla.

Una madre amamanta a su pequeño envuelto en pieles de zorro. Luego, con huinchas de cuero, lo fija al *taal*, cuna formada por dos varas aguzadas en un extremo y otras transversales a modo de escalerilla. Clava el *taal* en el suelo y la criatura permanece en posición vertical. Los presentes la acarician. Entre tanto da el pecho a un *visne*, un cachorro regalón. De un *kauyi* vecino llega un niño trayendo un pequeño arco recién hecho. Es del joven *Wáteni*, quien ha enviado a su hermano. Por tercera vez manda a *Korsieyán*, la hija de 17 años de *Kankoat*, su presente de noviazgo. Esta vez los padres no la obligan a devolverlo. *Korsieyán*, silenciosa y ruborizada, continúa comiendo sin soltar el precioso regalo. *Wáteni*, que espera a la distancia envuelto en su capa, vuelve feliz al *kauyi* de sus padres. Ya es novio. En unos días más ambos construirán un *kauyi* más pequeño; *Korsieyán* preparará el fuego y continuará la vida a su lado. *Ijj*, la hermana menor de *Korsieyán*, poco antes de nacer el primer hijo, se unirá a su hermana para ayudarla, y *Wáteni* tendrá su segunda esposa.

Los perros ladran a la noche. Tal vez el aullido lejano de algún *huasc*, el zorro, los tiene alertas. Mas los *selknam* duermen pacíficamente tapados con sus amplias capas, calentados por el fogón, mientras afuera el helado viento de *Karukinká* recorre la isla. Si arrecia mucho, levantándose del lecho, alguna mujer tomará alguna brasa encendida y la lanzará fuera de la entrada, para aplacarlo. El grupo permanecerá en el mismo sitio en tanto dure la carne o en los alrededores haya abundante caza. Donde emigren las manadas, allá irán los cazadores.

Las tribus norteñas recorren las pampas llegando a las costas. Con las varas arrastradas por las mujeres en los fardos de cuero, arman sus *kauyi* junto a los riachuelos en los cañadones costeros, aprovechando el reparo de alguna roca solitaria, o al pie de los barrancos, y encienden los fogones. La Isla Grande de Tierra del Fuego lleva ese nombre porque los primeros navegantes europeos que cruzaron el Estrecho que la separa del Continente, al anclar sus naves para pernoctar, junto con las últimas claridades del crepúsculo, observaron a la distancia la aparición de fuegos en las riberas del Sur. La soledad se punteaba de llamas. Eran campamentos *selknam*.

Allí abunda el tuco-tuco (*Ctenomys magellanicus*), roedor que cava túneles. Con cuarenta a sesenta de sus pequeñas y suaves pieles cosidas con tendones de guanaco, las mujeres confeccionan preciosas capas. Al igual que los del Sur, las embadurnan por el interior con una mezcla de arcilla carbonizada y grasa de guanaco; de esta forma se las defiende de una rápida putrefacción. Los tuco-tucos abandonan sus guaridas al atardecer, después de dormir durante el día. Entonces los *selknam* buscan sus escondites. "Con una vara puntiaguda de un metro de largo, van tocando los boquetes del suelo hasta que dan con el verdadero nido. La capa de tierra de encima la echan a los lados hasta conseguir una débil cubierta, señalando este lugar por medio de varitas puestas en pie. Todas las mañanas de los días siguientes a esta operación, mientras duerme profundamente el cururo que ha vuelto a su guarida, empuja violentamente el cazador dicha capa de tierra consiguiendo así su presa" (Gusinde).

Las diversas formas de caza, tan importantes para la supervivencia, transcurren con matices de aventura y de deporte. Arrastrándose logran acercarse varios cazadores a los enormes grupos de gansos silvestres. A un tiempo una nube de flechas diezma las bandadas. Algunas aves al ver a sus compañeras aleteando impotentes en tierra, vuelven a posarse aumentando así las provisiones. En las cercanías de pantanos y lagunas, arman trampas a estos mismos pájaros con lazos confeccionados

Máscaras *selknam*, hechas de corteza de roble o cuero de guanaco para las ceremonias *kina*.

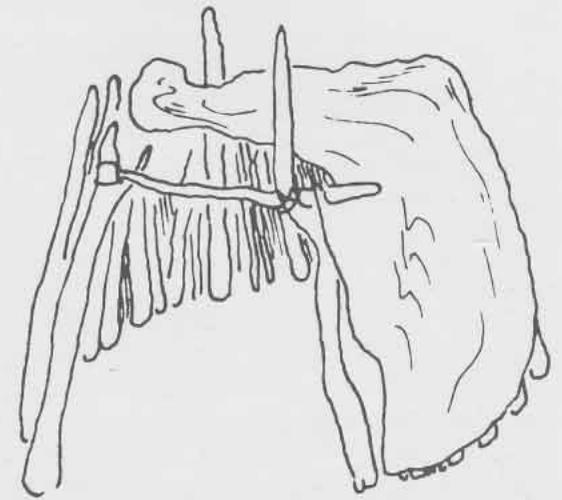
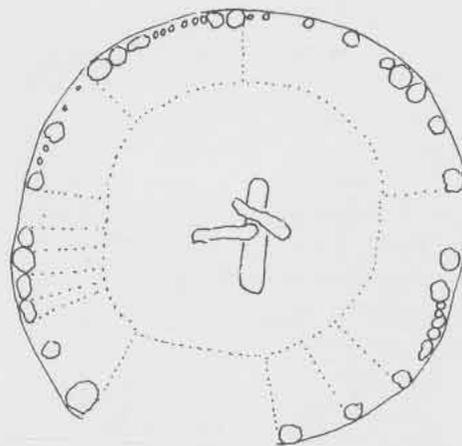
con barbas de ballena. En noches muy oscuras, van los cazadores a los lugares en que las aves duermen en el suelo. Sostienen en la mano izquierda una larga antorcha encendida y en la derecha un bastón. La antorcha está confeccionada con manojos de tallos de cierta planta (*Perenethia mucronata*) que "tiene la propiedad de arder con llama duradera. A aquel resplandor los pájaros quedan encandilados y fácilmente se les mata a bastonazos" (Coiazzi).

El arco y la flecha, prodigios de técnica, son aprendidos a confeccionar y a utilizar desde la infancia. El arco está hecho de roble enano (*Nothofagus pumilio*). "Justo debajo de la corteza la madera es blanca, pero el corazón del tronco es rojo. Sólo se usaba la madera blanca para el arco, y eran pocos los árboles que la tenían en cantidad suficiente y de la calidad apropiada. Una vez elegido el árbol se lo abatía y se le cortaba un pedazo de tronco de casi un metro y medio de largo. Este era luego rasgado a fin de extraerle un trozo libre de nudos y madera roja" (Bridges). Desde sus finos extremos engrosa la sección aovado triangular hasta alcanzar unos cuatro centímetros al centro de la pieza. Con cantos cortantes se trabaja el vástago puliendo a lo largo y en derredor hasta 24 facetas, dándole a la vez un pequeño abombamiento. "La pieza terminada, combinaba ingeniosamente la mayor resistencia con el menor peso" (Bridges). Uníanse los extremos con una cuerda

Lámina IX

Arqueros *selknam* en la caza del guanaco. En busca de comida recorrían la Isla de Tierra del Fuego a la que llamaban *Karukinká*.





Kowyi, cabaña *selknam*, hecha de troncos recubiertos con cueros y ramas. Dibujo esquemático.

de tendones de pata de guanaco, largamente masticados, retorcidos hasta formar un cordón regular de dos y medio a tres milímetros de diámetro.

El vástago de la flecha era confeccionado de madera de calafate (*Berberis*). Cortada una varilla de unos ochenta centímetros de largo, le extraían la corteza y la rajaban con una cuña de piedra en cuatro pedazos, eliminando la médula. Cada trozo se convertiría en un vástago. Calentado al fuego lograban rectificarlo al ojo completamente. Luego lo limaban con piedra pómez y lo bruñían con piedra arenosa, dándole un grosor, de modo que el centro de gravedad estuviese más cerca de donde se le afianzaría la punta de piedra. Resultaba un bastoncito perfectamente cilíndrico. En la base se le hacía una muesca para facilitar su apoyo en el tendón. Del ala izquierda del caiquén (*Cloephaga picta*), se cortaban trozos de cinco centímetros de pluma, las que eran rajadas a lo largo; usaban dos trozos fuertemente amarrados con filamentos de tendón humedecidos con saliva. Al secar recogíase el nervio dejando aún más afianzada las barbas. Al otro extremo, se introducía la punta de piedra en otra muesca, afirmándola también con tendones humedecidos.

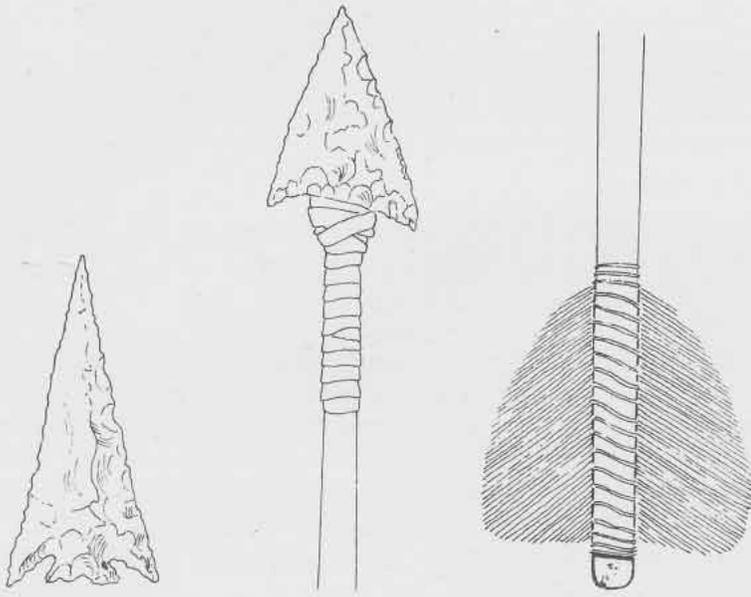
La punta se confeccionaba sosteniendo el trozo de piedra con los dedos mayor e índice de la mano izquierda envuelta en un suave pedazo de cuero de zorro. Apoyada la mano sobre el muslo, empuñando en la otra un hueso, radio de guanaco o cúbito de zorro como si fuera un puñal y poniéndolo casi vertical sobre la piedra, el artífice *selknam* hacía saltar pequeñas esquirlas haciendo presión o golpeando con cortos y secos movimientos alternados. Lograba una fina pieza triangular de dos y medio a cinco centímetros de largo y uno o dos de ancho, de cantos afilados, provista de dos aletas y pedúnculo en la base. Fabricaba dos o más puntas al mismo tiempo. "Mientras tallaba una, conservaba las otras en la boca para entibiarlas. Cuando el trozo que estaba trabajando se tornaba quebradizo, se lo introducía en la boca y seguía con los otros pedazos" (Bridges).

Kren chayaik (cuando todo está helado y el frío es intenso), el invierno, se desparrama sobre *Karukinká*. Han transcurrido algunos años desde el último *klóketem*, ceremonias secretas reservadas a los hombres. Un buen número de muchachos de alrededor de 17 años se encuentran aptos para la iniciación.

Se reúnen parientes y amigos en un sector abrigado, donde haya posibilidades de caza, y construyen allí sus *kauyi*. Es necesario preparar a los jóvenes para la vida. Que dejen de ser niños. Que piensen y actúen como hombres, sean responsables y se preparen para formar sus propios hogares. A los aspirantes se los amenaza con la pena de muerte en caso de que se atrevan a revelar a las mujeres o a los niños, algo de lo que por primera vez en sus vidas van a conocer. Con grandes troncos se levanta, retirada del grupo de toldos, una enorme cabaña cónica, el "*hain*", de base lo suficientemente amplia como para contener a los participantes. Mientras tanto a los jóvenes aspirantes, uno a uno, se los somete en lugares solitarios y en medio de la noche a duras pruebas de valor. Se los ataca de improviso imitando fantásticas apariciones acompañadas de fuegos y estridentes gritos; luego, si este ejercicio ha sido satisfactorio, se les envía solos, durante varios días, a lugares distantes. Deben sortear el hambre, el hielo, la soledad, el miedo, por primera vez sentidos tan agudamente. A su vuelta aún les resta correr y demostrar buen estado de ánimo.

El *selknam* debe ser un hombre apto, resistente y completo. Sólo entonces ingresa a la cabaña del *klóketem*. Allí soportará primeramente durante un rato una brasa viva en un brazo. De nuevo se lo conmina a guardar absoluto secreto sobre todo lo que se va a develar. La muerte inmediata sería el castigo. El más sabio de los ancianos dirige las ceremonias, comenzando con la narración del mito ancestral:

En tiempos remotos el sol, la luna, las montañas, el zorro y el guanaco, el caiquén, la ballena, el gusano, la mariposa, los árboles y las piedras, andaban como hombres por la tierra. Entonces los hombres estaban sometidos a las mujeres. Ellas mandaban y subyugaban a sus maridos en forma inicua, aterrorizándolos constantemente y exigiéndoles abundante carne y leña. La poderosa mujer Luna inventó un secreto juego con el fin de mantener para siempre tan abusadora costumbre. Cada mujer se pintaba el cuerpo de diferente manera y cubría su cabeza con un capuchón hecho de cortezas. Salían en la noche desde una gran cabaña y anunciaban a gritos ser espíritus extraordinarios llegados del cielo o del centro de la tierra, cuya misión consistía en castigar duramente a los hombres que no se sometieran. El terror los mantenía en una existencia vejada.



Punta de flecha y flecha *selknam* dibujada en sus dos extremos (tamaño natural; largo total 60 cm.). Tierra del Fuego (*Karukinká*).

toria. Cierta vez en que todas las mujeres se reunieron para celebrar un memorable *klóketem*, extremaron sus durísimas exigencias. Mientras algunos hombres cuidaban a los niños, otros, tras agotadoras jornadas, trajeron abundante carne. Uno de ellos, eximio cazador, el Sol, agotado por la larga caminata y el abrumador peso de un enorme guanaco que había cobrado, se sentó a descansar tras unos arbustos. Desde allí observó a dos jóvenes ya crecidas que, bañándose plácidamente, conversaban entre risas. Se aproximó cauteloso y escuchó claramente las burlonas alusiones de las mujeres a las mentiras con que subyugaban a los cándidos varones. Perplejo, el Sol cayó en la cuenta del gran engaño. Inmediatamente participó a los demás varones su descubrimiento. Enfurecidos, cuando las mujeres estaban dentro de la gran cabaña, de improviso llegaron sobre ellas, matándolas a todas sin conmoverse por sus llantos y ruegos. Sólo temieron matar a la Luna para evitar que el firmamento cayera, pero el Sol salió en su persecución para golpearla y hoy aún se la ve huyendo en el espacio. De vuelta al campamento mataron también a todas las niñas, respetando sólo a las que no habían cumplido los dos años. Entonces los hombres decidieron comenzar sus propios *klóketem* y someter perpetuamente a sus mujeres. De ahí que el sigilo debía ser guardado. Los iniciados conocen así el sentido de las ceremonias. Saben callar y guardarán toda la vida el secreto.

Algunos ancianos elegidos para el efecto, enseñan a cada postulante la conducta que debe llevar con sus padres y compañeros de tribu; la cautela con las mujeres; los deberes como esposo y padre; la confección y el empleo de las armas; el cumplimiento de las diarias labores que corresponden a un verdadero hombre; de lo contrario, *Timáukel*, Dios omnipotente, lo castigará. "Te dejamos participar en estas fiestas porque ya eres suficientemente inteligente. Ahora ha llegado el momento en que dejes de ser un niño; pórtate desde hoy como hombre. Fíjate bien: nosotros los hombres no hemos inventado estas fiestas; proceden de las mujeres de tiempos remotos, de las que las hemos tomado nosotros. ¡Guarda conscientemente y sin quebrantar este secreto!" (Gusinde).

En las noches se suceden las apariciones. El espíritu *Chalpe* llega encapuchado desde el infierno, profiriendo agudos chillidos. Irrumpen otras noches en el campamento terribles apa-

raciones: *Soorte*, *Kosmeck*, *Matan*, *Yoshi*. Aterrorizan a mujeres y niños. El hechicero los dirige.

Durante el día se realizan carreras en que los competidores se atan un manojo de plumas en el brazo izquierdo; torneos de lucha, de fuerza; tiros de honda y de flechas.

Las niñas, por su parte, reciben en los toldos hogareños una prolija educación en todos sus deberes filiales y de futuras madres; preparación de comidas, curtidos de pieles y confección de útiles caseros.

Los *kon*, curanderos, practican sus medicinas.

Se narran las hazañas, los mitos y leyendas. Cómo antaño la ballena se casó con el viento y nació... el picaflor. Bullen y reviven la vida y el misterio, hasta que nuevamente los atletas recomienzan sus recorridos en la vasta *Karukinká*.

El fin del pueblo *selknam* a quien los *yámana* llamaban *ona* debe quedar en estas líneas. A fines del siglo XIX los hombres blancos descubrieron oro en Tierra del Fuego. También cayeron en la cuenta que los coironales podrían mantener rebaños inmensos de ovejas. Aparecieron kilómetros de cercos y también los "guanacos blancos". Por miles de años esas tierras habían sido la patria de los *selknam*, pero los invasores se dedicaron a "cazarlos" impunemente. Balas, perros, estricnina y deportación masiva. Se pagó una libra esterlina por cabeza o un par de orejas. Cráneos "limpiados" en calderos se vendieron a museos de Europa. Sólo muy pocos blancos mostraron corazón humano, entre ellos los heroicos y valerosos sacerdotes salesianos y el visionario Gobernador de Magallanes, Almirante Señoret. Inútiles esfuerzos. Enfermedades importadas a esa tierra virgen terminaron la tarea comenzada con las cacerías humanas. La "civilización" asesinó a los atletas primitivos y ya jamás se verá su esbelto deambular en la vasta *Karukinká*.